

43

Paul Parin

El desenlace del conflicto edípico en tres culturas diferentes

El psicoanálisis es una psicología del conflicto. Con el mismo se formula el desarrollo psíquico tanto en conflictos internos como externos (con personas y organizaciones del medio ambiente) cuyos resultados, soluciones o consecuencias se integran en la estructura de los individuos. Bajo esta consideración resultan impensables tanto una sociedad, como un ser humano sin conflictos.(1)

Quisiera describir el desenlace en particular de un conflicto de la niñez, resultado típico del conflicto edípico, tal como se da en tres formaciones sociales diferentes. Al hacerlo parto del supuesto que cada ser humano es desde el inicio de su vida un ente social y que en él han sido moldeados por la sociedad, la clase o el grupo al que pertenece, su estructura psíquica y su comportamiento. Cuando yo calificué como “típico” un desenlace específico del conflicto edípico, por ejemplo entre los DOGON, no significa esto, que yo haya determinado entre los dogon una cantidad estadísticamente relevante de dogones

(1) No obstante, si uno supusiera, que todos los conflictos sociales (interpersonales) de cada uno de los individuos tuviesen que ser asumidos y resueltos, se originaría por un lado el modelo de un ser humano, que se acopla totalmente a las exigencias de la sociedad, y por otro lado el de un orden social estático e invariable.

44

masculinos con igual desenlace del conflicto. Típico significaría más bien, que el comportamiento social de los dogon masculinos se debería entender como lógico cuando dicho conflicto que nosotros mismos hemos descubierto se emplee como explicación; que además la función que tienen instituciones sociales se vuelva reconocible con la ayuda de esta reconstrucción psicosocial y que la estructura de la sociedad, en lo que se refiere específicamente a las relaciones de producción y poder, destaque por ello más claramente.

El conflicto edípico y su desenlace

La confrontación de tres desenlaces diferentes de un conflicto psico - social análogo entre los integrantes de tres culturas debería dar una luz sobre la relación entre los procesos psíquicos socioespecíficos, las condiciones de producción y las formas de organización de la sociedad. Sin embargo este conflicto debe ser formulado en primera instancia dentro del marco del mundo

occidental. Este describe aquel paso en el desarrollo en el cual el niño debe renunciar a la relación exclusiva con una única persona que lo atiende y cuida (por lo general la madre) y empezar a ocuparse de otras personas del entorno social. Entre nosotros la fórmula más simple para esta transición de la “diada” madre - hijo a la “triada” se expresa así:

El chico desea poseer sexualmente a su madre y considera por ende matar a su padre. Sin embargo teme, que como represalia su padre a la vez lo castre o lo mate. Este conflicto aniquila el complejo edípico. El chico interioriza la autoridad del padre y renuncia en lo sucesivo a la posesión de su madre. Con ello se implanta el superyo y se establece la prohibición del incesto.

En la investigación sobre seres humanos, que han crecido en sociedades cuyos órdenes familiares y prácticas educativas son muy diferentes a los nuestros, se ha demostrado la necesidad de otra forma de expresión aún más general. También en nuestro mundo occidental, la formulación anterior pareciera no ser válida para los miembros de todos los grupos y pareciera estar sujeta a sufrir modificaciones en el tiempo. La práctica de las investigaciones psicoanalíticas ha tenido un efecto de retroalimentación, que ha influido en la formulación teórica del conflicto psíquico. Podemos describir el conflicto, que atraviesan los miembros de las tres sociedades objeto de este análisis, entre los 4 y los 6 años de edad de la siguiente manera:

Chicos y chicas entran forzosamente en una fase del desarrollo (llamada fase fálica del desarrollo de la libido), en la cual sus deseos libidinosos se centran en una persona, la cual ha estado a su cargo hasta ese momento (por regla general la madre). Con ésta conforman una diada (pareja). Entonces cada persona o grupo de personas, que reclamen la atención de la “madre” se perciben como factores que estorban. Para un niño se da un conflicto que provoca afectos fuertes. Estos le obligan de una u otra manera a conformarse con enfilarse en una tríada (un trío), o expresado de otra forma, le obligan a renunciar a sus intereses libidinosos relativos al objeto, por anteponer sus intereses egoístas (narcisistas). Con esta renuncia llega a una conclusión temporal el desarrollo tormentoso de los apetitos instintivos de la niñez temprana, la llamada latencia.

45

Con esto se ha dado un paso importante, a menudo decisivo en la socialización. Los conflictos de la niñez temprana tienen un desenlace que es desde muchos aspectos determinante para el comportamiento social.

Entre las causas que desencadenan el conflicto edípico y que le dan a su desenlace una dirección determinada, se podrían entresacar aquellas biológicas que en todos los órdenes familiares y sociales

existentes e imaginables terminan teniendo algún efecto. La larga dependencia del niño del cuidado y la tutela de los adultos, descrito como retardo en confrontación con el orden animal, sobre todo de los primates, contrasta con un desarrollo mucho más rápido de la disposición de apetitos instintivos, el cual concluye alrededor de los 5 años de edad. Los anhelos de amor (tendencias libidinosas) en su desarrollo completo se fijan en una persona - tutor de la cual una delimitación apenas acaba de ser posible, en tanto que el tan satisfactorio vínculo de pareja o diada de la niñez temprana, aún no termina de resolverse. Esta centralización aparece también en niños que, como muchos niños de los dogon, recibieron atención con igual amoralidad de varias madres sustitutas. Por eso es que el paso a la triada o trinidad, o sea la llegada de una tercera persona relevante y libidinosa, es siempre un paso de desarrollo difícil. En el desenlace de este proceso, el aspecto biológico participa en la medida en que el niño experimenta su dependencia y debilidad de hecho, respecto al entorno de los adultos, debiendo mantenerse de alguna forma por un lado su integridad corporal y por otro su necesaria inclinación emocional. Los intereses de la autoconservación, denominados narcisistas, vencen sobre los anhelos de afecto. El niño será al final del proceso un ser aún más social de lo que era al principio del mismo.

Las causas biológicas no son del todo ni las únicas ni las más importantes, si le dedicamos nuestro interés al desenlace del conflicto. No obstante también el temor al incesto, que conocemos en forma de reglas exogámicas, las cuales a su vez contienen prohibiciones de incesto, y que hallaremos en todas las sociedades conocidas, no las cuento yo, contrario al punto de vista de Freud, dentro de las causas (y ni tan siquiera como parte de la biología humana), sino a una función o consecuencia de procesos de socialización tempranos, bajo los cuales el conflicto edípico ocupa una posición destacada. La “selección amorosa” que realiza el niño al inicio de la fase fálica es potencialmente incestuosa. Sin embargo aquello que circunda al niño pequeño, mayormente estructurado como familia, es sin duda el lugar en el que los intereses instintivos individuales están supeditados a aquellos colectivos. La sociedad, de la cual es dependiente el niño o niña, otorga a sus deseos “egoístas” una dirección, que hace posible la subsistencia física y emocional del individuo y del grupo. En esto, ella toma en cuenta algunos conflictos inevitables, como el caso del conflicto edípico y manipula hacia su resultado, bajo otras reglas exogámicas. El portador del conflicto edípico, el niño, debe renunciar a la diada o pareja, para conformarse con una sociedad “trinitaria”, viviendo fuertes afectos. Estos afectos son los que más adelante en la vida, le van a prestar una gran importancia emocional a las reglas sociales

46

afectadas (tabú sobre el incesto, reglas exogámicas), lo cual se ha descrito como un genuino temor al incesto. Yo opino a pesar de todo, que el temor al incesto no es genuino, sino que tiene que derivarse del desenlace del inevitable conflicto psicosocial que se presenta en la fase edípica. En todo caso la prohibición del incesto es entre muchos diversos factores un elemento estructurador de la sociedad, que nunca falta.

El desenlace del conflicto entre los dogon:

Comunicación, distribución y vida colectiva

Los dogon viven en tierras montañosas parcas y rocosas. Sus pueblos grandes, apiñados y a menudo de muy difícil acceso, conforman cada uno por sí mismo y también algunos circunvecinos entre sí, unidades políticas, sociales y de tradiciones religiosas bien organizadas. Internamente la sociedad está organizada en grandes familias patriarcales, a las cuales pertenecen varios e incluso gran cantidad de núcleos familiares. El dominio político y social o más bien la dirección de las mismas no recae en un solo dirigente, sino en un consejo de ancianos, el cual dependiendo de la importancia del asunto tratado se amplía con la participación de hombres más jóvenes. El más importante medio de subsistencia es, además de la tenencia de animales pequeños, y ocasionalmente presas de caza, el cultivo de maíz de millo. El calor, la sequedad y la ausencia de suelos fértiles, obligan a un cuidadoso trabajo de cultivo de huerto, para apenas producir el grano necesario. La gran familia dispone sobre el suelo. En la distribución de las labores domésticas se toma en cuenta la jerarquía de edad y la cantidad de labores domésticas. Una complicada forma de repartir el trabajo va acorde a los requerimientos materiales. Esta se fundamenta no sólo en los diferentes trabajos para varones y para mujeres. Un cambio diferenciado entre trabajo individual, trabajo de la familia núcleo, trabajo colectivo en el marco de la gran familia o de los grupos por edad, permite una adaptación ideal a los requerimientos naturales: el rol principal lo juega la mayor y mejor satisfacción posible de las necesidades de todos, el rol menos importante las condiciones de posesión. Durante la colonia, se introdujo la siembra de la cebolla, como segundo cultivo en los campos de maíz de millo. Con el puré de cebollas majadas, se forman bolitas, que se secan y se exportan a regiones vecinas para ser vendidas. Esta producción la llevan a cabo en forma individual tanto hombres como mujeres, sin que ello choque con la organización del trabajo arriba descrita.

Las comunidades - huertas de los dogon, se han mantenido, desde el punto de vista económico, prácticamente autónomas hasta el día de hoy. Como formación sociocultural corresponden a las “comunidades - huerta no diferenciadas” (según Darcy Ribeiro, 1971) que son resabios muy limitados geográficamente de una antigua etapa evolutiva de la humanidad, que ha perdurado hasta nuestros tiempos. La organización social altamente diferenciada de los dogon corresponde a una vida colectiva que al describirla sugiere ser “paradisíaca”. Tan sólo esto justificaría el investigar los procesos psicosociales que se dan allí.

El desenlace típico del conflicto edí-

47

pico en los dogon permite reconocer de inmediato, que este paso hacia la socialización conlleva a un ordenamiento en una comunidad de mayor tamaño en forma más directa de lo que se da entre nosotros.

El niño o la niña centra sus deseos en su madre - quizás antes y en forma más intensa que los niños y las niñas del mundo occidental- y percibe a su padre como un tercero que estorba, como el rival. Sin embargo este conflicto coincide con un cambio tajante de su situación social: La madre, que ha amamantado al infante hasta los 4 años de edad, que lo ha cargado en sus espaldas durante el día, sin separarse de él durante la noche, que no le ha permitido la posibilidad de una educación activa mediante recompensa y castigo, dedicación amorosa y privación de afecto, de repente, se separa de su hijo o hija, no lo amamanta más y se lo deja totalmente al “grupo”, con el cual él o ella duerme, come, juega y con el cual más adelante trabajará y que - hasta tanto forme su propia familia- permanecerá como su único entorno social.

El grupo abarca por un lado los niños y las niñas de la misma edad de la gran familia de línea paterna (y más adelante de todo el pueblo), por otro lado todos aquellos hermanos mayores, primos, tíos, tías hasta llegar a los más viejos. Los propios padres son en esta estratificación ascendente, en la cual los mayores “educan” a los menores, únicamente dos personas, si acaso un poco más importantes, entre muchas otras.

Los afectos que dan cabida a la desaparición del conflicto edípico, son aquellos que acompañan la vivencia del terminar, de la separación, del ser dejado solo. La desaparición del complejo edípico está más determinada por el apartamiento de la madre y por la influencia del grupo, que por la intervención del padre y el miedo que éste pueda inspirar.

Con el desenlace del conflicto se alcanza una interiorización perdurable sobre todo de dos “formas de identificación”: la identificación con el grupo de su misma edad, en el cual cada uno es intercambiable e igual al otro, donde todos son dependientes de una instancia superior y una segunda identificación con los estratos ascendentes y descendentes de la jerarquía de edades, en la cual un menor siempre depende de un mayor, pero que a la vez tiene supremacía sobre un menor, por el cual es responsable. Para superar la situación de conflicto cada uno establece dentro de su yo, la estructura fundamental de la sociedad dogona: por un lado la jerarquía por edad, organización vertical de la gran familia (y nuevamente de varias grandes familias en la comunidad del pueblo) y por otro lado la horizontal de los grupos conformados por edad que no guardan ninguna consideración a la organización familiar.

En lo sucesivo cada conflicto correspondiente o tan siquiera la amenaza del mismo, activa las organizadas funciones entre sí mismas complementarias y de relevo del colectivo.

No obstante, antes de volcar nuestra atención a aquellos procesos o actividades que determinan la supervivencia en el medio ambiente, la producción y en última instancia la evolución del comportamiento social, debo referirme a algunos requerimientos adicionales,

48

que permiten tal transcurrir del conflicto edípico y que establecen las condiciones particulares para su desenlace, para los primeros pasos de la formación del yo. “Yo” le llamamos a aquellas funciones o conjunto de funciones perdurables establecidas, que sirven para poner en concordancia las necesidades internas con aquellas del entorno social.

Durante el largo periodo en que permanentemente se está en compañía de la madre en forma de diálogo - empatía, sin que ésta se vea perturbada por ningún tipo de envidia del siguiente hermano, el yo de los dogon adquiere su facultad de ponerse en el lugar de los demás, de participación y de correlación identificatoria, así como la disposición de tomar parte en la actividad de otra persona y de identificarse con su quehacer, particularmente con su movimiento corporal. El dar y el tomar conservan la calidad de la satisfacción inmediata de necesidades orales. La ausencia de cualquier tipo de educación activa para el dominio de la función excremental y para mantener el equilibrio del cuerpo sentado ahorra largas batallas que se libran por la separación de la madre y no permite que se desarrolle rebeldía ante agresiones sadistas o masoquistas dirigidas a ellos. La sexualidad infantil ni se estimula, ni se reprime.

Por ende es comprensible que ni aflore el deseo de matar al rival edípico, ni tampoco juega un rol importante el temor a ser castrado por él. La persona principal que falla a principio de la fase fálica es - para niños y niñas- la madre que se aparta; y en el desenlace del conflicto, el grupo jerárquico por edades. Este último únicamente falla en relación con deseos egoístas y específicos. En cambio para aquellas necesidades de identificación, que no son interferidas, por ningún tipo de inclinación, de posesión o de agresión por reprimir o almacenar, ésta es “otorgante”. Especialmente la identificación con actividades se da plenamente, sobretodo con aquellas que anteceden a una comunicación oral juntos, tales como el conversar, el comer, el beber. De la imitación, del aprendizaje y finalmente del asumir roles femeninos o masculinos en los juegos y en el trabajo, resulta después de la separación de la madre, la separación de los grupos por edades, según su sexo.

Las muchachas aprenden no sólo de la madre, sino de la línea ascendente de mujeres y en la comunidad con las compañeras contemporáneas, el cuidado de los niños y las niñas, oficios domésticos, las artes (como por ejemplo, la cerámica) y trabajos de campo “femeninos”. Los varones además aprenden de los trabajos masculinos también el arte del baile, de las máscaras y conocimientos amplios sobre la naturaleza. El manejo de los asuntos públicos lo aprenden, según su inclinación, ocasionalmente o regularmente como oyentes que participan calladamente en un recinto oculto en el consejo de ancianos.

No es de admirar que los dogon que han crecido en el “extranjero” o sea que no se han criado en un pueblo dogon, y que de adultos regresan, tengan dificultades en tomar parte en las diversas actividades sociales en forma adecuada. Pero tampoco personas que han pasado su niñez en el pueblo, dentro de una familia tradicional, pero cuyo conflicto edípico ha transcurrido en forma diferente (unión excesivamente prolongada o corta a la madre, fuerte peso de un pa-

49

dre fracasado, muy reducido grupo de edad al que son integrados), pueden aprender bien muchas de las actividades (como p.ejemplo el baile de máscaras) o se les obstaculiza su participación en la vida social o se les excluye por completo, a causa de miedos, represiones, temores e impulsos agresivos. Los dogon han establecido al terminar su niñez temprana un “yo-grupal” (ver Cap. 4 y 8). Ellos se han convertido en caracteres independientes, individualizados y constantes, pero cuyo Yo necesita que las personas de su entorno tengan las mismas posibilidades y necesidades de identificación que ellos. Uno podría suponer que la identificación horizontal perpetúa de forma nueva la vivencia de unidad simbiótica con la madre y que la identificación vertical repite la vivencia de una fase posterior

cuando el niño se identifica en ocasiones con la madre nutriente y en ocasiones de nuevo con el rol propio de ser objeto de tales cuidados.

Al Superyo de los dogon, lo denominamos consciencia de clan (Parin et al., 1963; ver cap. 6 y 8).

Este contiene, como en nuestras sociedades, las tradicionales reglas sociales y éticas. No obstante no se trata de una interiorización de la autoridad reprimida del padre, sino sobre todo de una instancia que se preocupa por que la coherencia del grupo no sea perturbada. Faltas contra sus exigencias, no se desquitan mediante remordimientos de conciencia o sentimientos de culpabilidad inconscientes.

Más bien aparece el temor de entristecer el ánimo de los más ancianos del pueblo y perder por ello la atención del grupo. El “yo-grupal” y la “consciencia de clan” muestran una considerable flexibilidad y elasticidad. Es decir, que se adaptan fácilmente a situaciones difíciles y de peso, que aparecen en el ensamble social y restablecen rápidamente el equilibrio anterior.

Debo prohibirme entrar en más detalle sobre las numerosas instituciones y tradiciones (ritos de iniciación, sistemas religiosos con los correspondientes sacerdotes, rituales y mitos, etc.) que pertenecen a la corriente de pensamiento, y que luego consolidan y ayudan a estructurar la psicología individual y colectiva.

Cuando un joven dogon quiere cortejar a una muchacha, éste no puede llevar adelante este interés “individual - egoísta” por su cuenta en una familia que por las reglas de matrimonio resulta ajena. Él se hace representar por compañeros del grupo de edades, al igual que éste para él y con él realiza el trabajo previsto en beneficio de la gran familia que va a “perder” una hija o más aún la fuerza de trabajo y la productividad de su descendencia en su favor. Si él quisiera construir una casa para albergar a su naciente pequeña familia, la gran familia que es la que en primera instancia se va a beneficiar de este crecimiento, debe poner a disposición el espacio. El trabajo es aportado por compañeros de edad de ambos sexos donde cargar agua y el acarreo de materiales, al igual que las labores domésticas son cosa de las muchachas. El trabajo propiamente de construcción lo realizan los muchachos. También para la siembra les corresponde a los varones el traer la tierra y el agua de riego. La labor de cosecha cuyo resultado beneficia a la familia se lleva a cabo en conjunto por ambos. Después de cada trabajo colectivo, se celebra

50

inmediatamente una especie de fiesta en la cual todos juntos disfrutan de la cerveza recién hecha de millo, la cual ha sido preparada fresca por las mujeres. El trabajo, independientemente de una compensación de mayor orden en el sistema total, de forma inmediata se recompensa con la alegría

de la fiesta y con un beber comunicativo donde por supuesto el grupo o la persona que se va a beneficiar con el trabajo también es donante de los materiales.

Sólo la descripción de una reglamentación más exacta de la división del trabajo y de las relaciones de posesión resultantes llenarían un libro. Especialistas como los productores de herramientas, también llamados herreros, o los textiles y los teñidores conforman por igual sectores de corte vertical de la sociedad que están organizados en forma análoga cuya organización de la producción tiene que ser otra debido a la necesariamente diferente división del trabajo, pero que como individuos y como extensiones del colectivo del pueblo, mantienen con el mismo una relación de intercambio.

Cuando la administración colonial francesa exigía el pago de un impuesto general por parte de los mayores de las familias, el cual en vista de la ausencia de un producto de exportación que pudiera ser transado monetariamente, sólo podía ser recolectado por venta de mano de obra en el exterior, se escogían para ello en el pueblo algunos jóvenes varones de un grupo de edad, aún solteros, quienes cumplían sin protestar con su obligación de levantar el dinero del impuesto general para toda la comunidad del pueblo. Sólo así podía evitarse que una familia tuviera que prescindir de fuerza de trabajo imprescindible, o en el peor de los casos, que no hubiera sido capaz de pagar los impuestos. Cuando finalmente se introdujo la producción de cebollas para la exportación o sea para el comercio de trueque, para la adquisición de artículos de primera necesidad personales, se llevó a cabo el trabajo de siembra en forma individual en el terreno de la gran familia. Pero para machacar las cebollas y hacerlas puré, del mismo formar esferas y ponerlas a secar, de nuevo se reunían por igual a las chicas y los chicos de los grupos de edad. La repartición de las bolitas ya secas, según la participación en la producción, es algo que estaba a cargo de los más viejos del pueblo - un método que para ellos era posible sin necesidad de contar, ni de medir y sin peleas, ya que ellos representan los intereses de cada habitante del pueblo.

La relación respecto a la posesión no es una relación individual, o no exclusivamente individual, su repartición es más importante, que su apropiación. Se toma en cuenta la incapacidad de almacenar por un lapso prolongando grandes cantidades de provisiones, sin consumirlas o cederlas a una provincia, en la cual su falta de provisiones pronto estarían llevando la provincia a hambruna y a la muerte. El yo "oral" tiene una debilidad socioeconómica, la cual se compensa con su función de yo-grupal. Las provisiones de necesidad se le dan para su cuidado a un pariente mayor de la línea fraterna - paterna, quien se siente responsable por el bienestar de los más jóvenes.

La agresión no puede de ninguna manera relacionarse con posesión: el robo o su castigo no pueden, por ende desarrollarse dentro de dicha sociedad. Opresores extranjeros, Peul, coloniz

51

adores o el gobierno independiente de la República de Mali, que exigía impuestos reciben todos su tributo. El producto del trabajo se entrega a cambio de integridad y tranquilidad social. El reclutamiento de deudos -como en la antigüedad el rapto de esclavos- choca con una oposición directa, violenta y agresiva.

Casi que se sobreentiende que mientras cada miembro de la sociedad se vea obligado a transmitir todos los valores y la producción recibidos a los demás miembros de dicha colectividad, de la cual él mismo igual debe participar tanto por razones económicas, como emocionales, no se puede desarrollar ningún tipo de explotación, ni su correspondiente ideología de dominio.

Un sistema de reglas así de complicado no funciona “automáticamente”. Además de una jerarquía de clérigos jueces que preponderantemente representan el derecho civil según el patrón de no menos de 80 parejas de antecesores míticos, a los cuales se les asocia los más diversos e individuales destinos ejemplares, se tiene por sobre todo al consejo de los más ancianos, que toma las decisiones. Además de los más ancianos del pueblo o el consejo comunal (de más reciente elección) abarca dicho consejo ya sea a pocos, o varios o en última instancia a todos los hombres adultos de un pueblo, según cuán profundo el asunto a ser ventilado interviene en el campo personal y el destino de las personas individuales. Existe una corte, pero no policía. Multas u otras sanciones no están previstas. El comportamiento asocial se castiga con la pérdida de prestigio, en los casos poco frecuentes más graves, tomando hasta la dimensión de un destierro automático. La separación de la sociedad es el mayor castigo. A pesar de la alta valoración del trabajo, la vagabundería aunque sí conlleva desprestigio, no implica separación de la gran familia o de la clase de edades. A ella se pertenece desde siempre y por siempre.

La sociedad de los dogon produce además de millo sobretodo una situación familiar en la que la madre puede dedicarse emocionalmente totalmente a su hijo por un periodo prolongado y en la cual después de la lactancia que es lo que introduce el complejo edípico, el desenlace del conflicto resulta ser la inclinación a una adaptación diferenciada en la colectividad a través de modalidades de identificación activas. Si más adelante se llegaran a despertar miedos “edípicos”, estos toman la forma del temor a ser abandonado por la esposa o de no poder recibir más descendencia de ella. Esto apela a una mayor consolidación de la seguridad familiar mediante el sistema de bigamia masculina, lo cual permite de nuevo el tiempo - pareja no perturbado de los descendientes.

La evolución de la sociedad dogon en lugar de moverse hacia el perfeccionamiento técnico lo ha hecho sobre la línea de la construcción de un orden social colectivo diferenciado. Una investigación posterior del año 1966 (ver Cap. 8) dio como resultado que la construcción continuaba ya que estaba siendo necesario ir resolviendo el periodo post-colonial con intervenciones masivas en el orden económico, político y cultural. Algunas innovaciones técnicas como mejores vías de comunicación y pequeñas represas para el almacenamiento de agua pluvial han dado a la elaboración colectiva de los problemas económicos y sociales más bien nuevos impulsos, lejos de destruirla.

52

El desenlace del conflicto entre los AGNI: Dominio materno, obligación sin explotación, agresión sin violencia

Los agni viven en pueblos similares a ciudades en los fértiles bosques pluviales de la Costa de Marfil. Las huertas de las mujeres aseguran la subsistencia mínima; la producción de café, en plantaciones agroindustriales que son manejadas principalmente por hombres con la ayuda de trabajadores extranjeros, está destinada a la exportación hacia el mercado mundial y les asegura un ingreso, superior al de la mayoría de los pueblos del _Africa occidental. Su sociedad está organizada de forma matrilineal, es decir, que la línea de descendencia materna determina la pertenencia al linaje y que el hijo del hermano de la madre hereda. En la organización política que se mantuvo como elemento estructural durante la época colonial y en la República independiente de Costa de Marfil, se muestra el mundo de las mujeres en un equilibrio rico en tensión frente al de los hombres. Los hombres ocupan posiciones de reyes, jefes o portadores de virtudes; representan el poder y tienen el prestigio. El mundo de las mujeres conforma el enjambre de intereses económicos y la coherencia genealógica. Siguiendo sus reglas estaba organizado en el pasado la tribu, el reino y todavía hoy en día la estructura social. Se podría comparar a las mujeres en relación a sus funciones e dependencias con el poder legislativo y a los hombres con el poder ejecutivo de un sistema parlamentario. La esfera social del niño no se ve determinada exclusivamente por la pertenencia al linaje de la madre. Más aún, el mismo se cría en una gran cantidad de círculos sociales funcionales (linaje matrilineal, comunidad clasificatoria, comunidad de real, etc.) que en cada caso corresponden a nuestra definición de una familia pero que se traslapan y que están caracterizados por diversas dependencias y por intereses muy distintos y hasta contradictorios de los miembros. La familia

núcleo es, como entorno social, una conformación inestable, que a menudo ni siquiera se distingue por un presupuesto doméstico de los cónyuges en común (tipo de vivienda duolocal).

No se podría nombrar ni un evento ni una transformación interior, con lo cual el conflicto edípico de los agni “desaparece”, ni se puede hablar de un sólo desenlace típico. Por el contrario, los conflictos de la constelación edípica, se reviven con relativa facilidad durante el transcurso de la vida y deben entonces de nuevo ser procesados según el patrón antiguo. Por regla general se tienen muchos desenlaces típicos, unos a la par de los otros y complementarios entre sí.

Entre los niños, se desarrolla un fuerte conflicto de rivalidad con el padre. Debido a la crianza precedente violadora y frustrante por parte de la madre, la rivalidad fálica adquiere un matiz sadista, que desencadena un intenso miedo a la castración. En vista de que por lo general no existe un padre, que demuestre una verdadera autoridad, un ejemplo o una cierta dedicación o interés, se dificulta una identificación duradera (permanente). Además se da una sumisión pasiva y una idealización de características específicas masculinas

53

de poder, de prestigio y sexuales. También se encuentran identificaciones con un padre que abandona los objetos de su amor.

En este punto toma validez la influencia del desarrollo de la niñez temprana pre-edípica. El tiempo de lactancia se distingue, al igual que entre los dogon, por una permanente y extraordinaria dedicación de la madre. Las mujeres se sienten y denominan a sí mismas como instrumento para la satisfacción completa e inmediata de todas las necesidades de su crío de pecho. Cualidades simbióticas y participativas del yo son consecuencia de esto, pero contrario a como sucede con las relaciones entre los dogon y otros africanos, no llegan a madurar ni a tomar forma. De repente, por lo general a mediados de su segundo año de vida, se desteta al niño. La madre se separa de él y podría incluso, apenas haya dado a luz a un nuevo niño, decirle al mayor: “-Deja a mi hijo en paz!” O sea - tu no me perteneces a mí!

De estos acontecimientos, conservan las niñas y los niños de los agni tanto un resabio del “feliz” estado inicial, una inclinación a la fusión dual, a la identificación primitiva y al desconocimiento proyectivo del mundo interior y exterior, como también un miedo a perder atención y en especial una tendencia a llevar a cabo en forma activa, por lo que él pasó, dejar caer de un momento a otro el objeto de su amor. Esta tendencia adquiere validez también con la desaparición del conflicto edípico.

Más tarde para los agni es más importante el renunciar de repente a una relación sentimental, que poder iniciarla, el interrumpir una empresa que sacarla adelante.

Pasado el periodo de lactancia los bebés no son felices. Sin excepción muestran síntomas regresivos que en nuestra sociedad solamente se observan en niños abandonados de orfanatorios. Su soledad se intensifica, cuando algún recién llegado hermano, atrae sobre sí toda admiración. El grupo de niños mayores no puede hacer nada con los de año y medio a dos años de edad. Estos permanecen en la cercanía de la madre, la cual hasta ese momento ha descuidado el enseñarles alguna forma de comportamiento social, lo cual por ende lo repone posteriormente a punta de dar órdenes e imponer castigos. Sin embargo ella continúa con el cuidado corporal, complementado por una lavativa diaria con una suspensión de pimientos picantes, la cual durante el tiempo de lactancia no ha tenido reacciones síquicas, pero que después se experimenta como una cruel violación diaria y por la cual los niños al entrar en la época del pudor desarrollan una adicción en el sentido de identificación con el agresor.

La consecuencia más importante en el desenlace del conflicto edípico entre los niños varones es una identificación regresiva con la madre impositiva, violadora y fálica. La identidad sexual del niño permanece incierta; no es sino hasta la pubertad por la presión social claramente heterosexual, que la misma llega a definirse. Se mantiene una tendencia a desconocer conflictos por rivalidad o incluso la posesión de un miembro viril amenazado por temor a la castración. Los agni dicen: “Como mejor funciona el ser humano es bajo coacción”. Es decir, que es una necesidad de los agni el encontrar un jefe, un dios, un señor, con prestigio y gran poder para poder someterse a él y participar de su

54

poder y que posea suficientes cualidades maternas, de manera que uno pueda tener confianza de cierta constancia y de ser posible la generosidad de la madre durante la niñez temprana. En otras palabras: “Cuando el pecho del rey está lleno de leche entonces su gente es la que se alimenta del mismo”.

La fórmula mítica que resume de la forma más corta la derrota de las relaciones sentimentales más agresoras y los conflictos de la niñez podría plantearse en nuestro mundo occidental así: Un héroe es, quien valientemente se ha levantado contra su padre y al final triunfalmente lo ha superado. Entre los agni la frase correspondiente sería: Un héroe es quien primero ha evitado su conflicto “edípico”, y que luego lo ha elaborado fuera de su familia materna; él puede como el sobrino en el trono del tío

regresar a la estirpe de la madre e identificarse con los aspectos tutelares y dominantes del padre y de la madre.

A pesar de que las niñas confrontan la misma experiencia en el conflicto edípico, tienen durante su desarrollo y desenlace considerables ventajas con respecto a los varones. La separación de la madre criadora y la centralización de los sentimientos en el hombre-padre sólo se da en forma incompleta o ellas pronto se alejan decepcionadas de él. Su imagen idealizada del padre es pálida. Como mujer esperan del hombre dinero, placer y sobre todo hijos. Las rivalidades con la madre provocan menos miedo y pueden ser expresadas más abiertamente, probablemente porque ellas se remontan más fácilmente a la identificación pre-edípica con la madre cruel y poderosa. En el desenlace del conflicto, contrario a los varones, ellas ya han adquirido una identidad sexual.

Es impresionante ver, como los niños anteriormente tan infelices, al llegar a su quinto o sexto año de edad, cuando el conflicto edípico ha concluido, se reúnen en grupos de juegos que aparentemente funcionan bien. No obstante el desarrollo posterior de la vida para las niñas y los niños toma rumbos muy diferentes.

Las niñas que pronto aprenden actividades femeninas por identificación y por instrucción, permanecen junto a su madre: su vida entra ahora, paso a paso, aunque no sin crisis, en ese rol femenino que garantiza la subsistencia material y la constancia organizacional de la sociedad agni. El carácter de las mujeres acostumbra a ser más constante, estar sometido a menos variaciones y en su forma práctica preservar más la vida que el de los hombres. Con ello cuando menos está garantizada la alimentación necesaria para la supervivencia del grupo relativamente grande “para el que una mujer adulta cocina”. Sin perturbaciones por estados de crisis, evasiones y estados de embriaguez que acostumbran a interrumpir a menudo las actividades masculinas, cultivan sus plantaciones.

Las mujeres salen de su conflicto edípico con características que nosotros denominaríamos como masculinas. Si bien es cierto ellas renuncian a un uso directo del poder y a un juego público de su prestigio, no obstante determinan la estructura fundamental de la sociedad: en las mujeres está la cohesión personal de la estirpe; a sus intereses corresponde el que todavía hoy en día los niños y las niñas -y no valores materiales- sean considerados como la posesión más valiosa de la estirpe.

55

El orden matrilineal contradice las exigencias de los órdenes políticos y legales europeos, los cuales desde el inicio de la época colonial y en especial desde la llegada de la independencia, se les impuso a los agni. La línea hereditaria de tío a sobrino es un obstáculo masivo para el desarrollo de la

economía de plantaciones, aunque el hijo trabaja a menudo hasta bien entrada la edad adulta con su padre, no tiene mayor interés en iniciar una producción que no lo va a favorecer a él directamente, ya que él únicamente heredará del hermano de su madre. El hecho de que, a pesar de todo el orden matrilineal se haya mantenido y que en cierto sentido incluso se haya fortalecido en los últimos años, es un indicio de la coherencia social del grupo de las mujeres y de una superior constancia y disposición a la identificación con respecto a los hombres.

Una labilidad básica en las relaciones hacia sus congéneres, que los agni luego de haber pasado su conflicto edípico mantienen, entre las mujeres se resuelve con la tendencia de identificarse con los intereses del grupo de mujeres. A ambos sexos esta inconstancia les trae una doble ventaja; ellos no necesitan adaptarse a vínculos poco satisfactorios y pueden moverse con relativa libertad entre instituciones sociales contradictorias a las que allí se dan: el matrimonio polígamo, lealtades encontradas hacia jefe y estirpe, hacia personas de la estirpe materna y de la línea paterna, etc.

Para los hombres que se ven movidos más por envidia y por agresiones violentas de rivalidad y que no pueden desarrollar ninguna relación permanente de identificación mutua hacia otros hombres, por el contrario, se desprenden grandes desventajas de la labilidad de sus vínculos. Ya los grupos de muchachos jóvenes una y otra vez se deshacen. Pleito y discordia por lo general pronto hacen estallar a los grupos de trabajo, que fueron formados con fines de una producción agroindustrial.

Sin embargo para que una plantación llegue a ser productiva se requerirían por lo menos cuatro años de trabajo común continuo. La mayor parte de los cultivos que con mucho esfuerzo y costo se realizan, se pierden antes de que hayan dado frutos. Uno podría imaginarse, que bajo “coacción” se darían condiciones fijas y estables de dominio, las cuales han sido encaminadas en el cambio pasivo que se presenta, ya hacia el final del conflicto, ellos serían capaces de alcanzar una más constante formación de grupos.

Los agni se convirtieron hace aproximadamente trescientos años de un pueblo recolector y cazador a un pueblo guerrero, dominados por reyes tribales. En su dotación psíquica parecieran ellos estar mejor preparados para la forma de vida que abandonaron que para la actual. Sin remontarse a especulaciones sobre una psicología persistente históricamente específica de una cultura, se puede mencionar, cuando menos una consecuencia más de su estructuración psíquica. El adiestramiento anal, sin educación hacia una independencia separada y emancipada, limita bastante la capacidad de manejar dinero. Así como sucedía en el pasado con el contenido en el cuerpo, tampoco la altamente apreciada riqueza en forma de dinero puede ser retenida por ellos mismos. En vista de que toda explotación requiere modalidades agresivas-retentivas, es comprensible, que estos seres humanos a

56

menudo con predisposición agresiva, no han podido hacer crecer ni un sistema de crédito o de ahorro útil, ni una considerable generación de plusvalía. Si bien es cierto que ellos les dan órdenes a sus pobres trabajadores extranjeros como señores terratenientes feudales, tienen que pagarles -directa o indirectamente- con participaciones en los medios de producción, o sea el suelo fértil, de manera que los esclavos a sueldo ya se han convertido en competidores del empresario antes de que la producción arroje alguna ganancia. Una cierta compensación reside en que ellos, a los extranjeros del norte, además del suelo y parte de sus pueblos y ciudades, también les dan a sus hijas para matrimonio, por medio de lo cual ellos aumentan la posesión de la estirpe materna que es la única que cuenta, o sea la posesión de personas, ampliando así incluso la fuerza productiva efectiva.

Es extremadamente improbable, que los agni incluso bajo la obligación de necesidades económicas, en un tiempo previsible, se pudieran reestructurar convirtiéndose en empresarios industriales capitalistas calculadores y planificadores o por otro lado, en trabajadores productores colectivos.

Cuando uno saca la cuenta de sus características psíquicas junto a las condiciones de su hábitat, únicamente una organización económica centralista, elásticamente organizada, que desde el punto de vista socio-psicológico conjuga las modalidades protector-maternal y dominante-agresivo y que puede ser concebido como un capitalismo del estado, podría posibilitarles a ellos progreso material y permitirles hacer valer su inteligencia y sus dotes particulares.

El cuadro que hasta ahora he pintado está incompleto. También el yo de los agni se ha conservado de la experiencia anterior como estructura de “yo-grupal”, la cual luego de los conflictos de la niñez les otorga una notable flexibilidad y elasticidad. Ellos pueden funcionar igualmente en los más diversos niveles de desarrollo simultáneamente y en forma intermitente oscilante. Donde ellos tendrían que fracasar ante un “o esto - o lo otro” encuentran grandes posibilidades en un “tanto esto - como lo otro” que para nosotros no están abiertas.

Como ejemplo sirva el campo de las enormes agresiones interpersonales que ellos movilizan. Sin hacer otra cosa que expresarlas verbalmente, recurren a las formas de defensa de la niñez más temprana, desmintiendo, posponiendo y proyectando complejo de persecución. Una manía de hechicería, la certeza de que la mala suerte y la muerte siempre es provocada por brujas y hechiceros, que actúan en forma mágica, está tan popularizada como la intriga, que permite que enemistades propias sean sobrellevadas por otras personas. Sin embargo, estas y otras posturas similares no son perjudiciales desde el punto de vista social: diversas instituciones como sanadores, magos e

intermediarios mesiánicos procesan la agresión de las brujas en procedimientos mágicos inofensivos; árbitros y conciliadores están disponibles, para encontrar una compensación por las consecuencias de las intrigas. Hacia los trabajadores extranjeros, de quienes temen su amenaza económica que representan, no han desarrollado ningún odio colectivo, ni muestran ninguna inclinación a dispensar sentimientos irracionales de odio o de una peligrosa enemistad a vecinos indeseables, como los attié, o como los

57

baoulé, el pueblo que hoy en día más cerca del poder se encuentra en la Costa de Marfil. Su consciencia de clan, que los une estrechamente a su sociedad con la necesidad de fórmulas y roles sociales rígidos, no contiene ninguna exigencia de amor al prójimo. Sin embargo a pesar de su historia guerrera apenas si tienen una tendencia a actuar en forma guerrera o a la violencia y a pesar de su participación en la producción industrial para el mercado mundial, apenas tienen una tendencia a formar clases explotadas y explotadoras, como algunos grupos étnicos vecinos.

El desenlace del conflicto entre los “europeos” y la pregunta por el significado histórico de fenómenos psicosociales

Se plantea la pregunta, si una investigación de los fenómenos psicosociales puede dar un aporte a la teoría de desarrollo. Sólo cuando dichos resultados en el proceso histórico-dialéctico, encuentren su lugar dentro del transcurrir de la evolución de sociedades humanas, tendrían un valor para las ciencias sociales. En lugar de responder a la pregunta de una vez con un sí o con un no, quiero llamar la atención sobre porqué los resultados de la etnología comparada difícilmente son compatibles con la teoría de sociedades.

Los métodos para investigar fenómenos en determinados momentos en formaciones sociales particulares hace que la etnología comparada al igual que el etno-psicoanálisis, sea poco apropiado para encontrar leyes de validez generalizada para toda la humanidad. Al contrario, ésta tiende a asignarle un punto en su propia espiral dialéctico-histórica a cada proceso histórico que ella en determinado momento de su desarrollo investiga. Las diversas espirales pueden entrecruzarse o infiltrarse pero ni siquiera su convergencia hacia una única línea de desarrollo se hace evidente. El gran desarrollo de la evolución debemos descifrarlo de la historia.

Acostumbramos a juzgar, según nuestra propia ideología, el progreso o en un sentido más directo y estrecho la próxima y la siguiente meta del desarrollo. Pero estrictamente hablando no podemos saber si la espiral se encuentra parada o acostada si un progreso tiene lugar o no.

El etno-psicoanálisis debe, desde el principio, decidirse a no atribuirle validez generalizada al progreso que nosotros deseamos para nuestra propia clase o aún mejor, para nuestra propia sociedad. En otras palabras: los criterios del progreso deben ser derivados cada vez de nuevo de las situaciones concretas en cada formación social particular. Una sociedad sin clases les parecería poco progresista a los agni quienes sin una masiva influencia externa jamás formarían clases, ya que esta tendría que despojarles a ellos de su más importante libertad: esquivar las necesidades económicas de la vida activa. Los dogon en cambio, con su armónica organización colectiva de la producción y de la sociedad, tendrían que temer con cierta razón la pérdida irreparable de su orden social, aún bien equilibrado, aunque eficaz sólo en un marco estrecho de sus comunidades de pueblo, si fueran estimulados hacia una capacidad de desarrollo técnico sobre una base más amplia.

58

Si nosotros no nos quisiéramos separar de la creencia que la meta del desarrollo definitivamente nos es conocida, nos quedaría la salida de ver a los pueblos anteriormente mencionados como jóvenes, primitivos o subdesarrollados. Entonces uno podría despreciar las formaciones allí encontradas como remanentes históricos. Aunque visto con detenimiento este argumento no es sostenible. Aparte de que nuestros conocimientos históricos apenas abarcan un muy corto periodo de tiempo, comparado con el tiempo de formación de órdenes sociales humanos, según lo cual ya no se podría denominar a ningún pueblo como “subdesarrollado”. Tenemos en nuestro poder casi cuatrocientos años de historia documentada de los agni, durante los cuales han sucedido revoluciones económicas, políticas y sociales que no se quedan atrás con aquellas de los pueblos de Europa Central. De los dogon, aparte de los mitos transmitidos en forma oral, prácticamente casi no hay datos históricos. Sus altas obras espirituales, artísticas y sociales hacen que se destaque como una “cultura antigua”.

Mantengo abierta la pregunta, si un proceso psicológicamente aprehensible como por ejemplo el desenlace específico en cada cultura del conflicto edípico, puede y en qué forma influir en los procesos dentro de la sociedad. Y vuelvo aquí de nuevo mi atención al enunciado de nuestro problema.

Al desenlace del conflicto edípico se le atribuye en la esfera social de los dogon, de los agni y en la de los pueblos occidentales una gran relevancia. Entre nosotros, sin embargo, el deseo de poseer a la

madre tiene una connotación especial y el enfrentarse al padre, como interferencia de la diada, un matiz agresivo. Ya sólo el hecho de “poseer” a la madre como expresión de deseos sexuales es una consecuencia de la educación de los niños pequeños orientada hacia la productividad y la pureza. Los primeros sentimientos de amor centrados en una persona muestran una connotación anal-retentiva, traen el sello de las circunstancias de producción del mundo de posesiones burgués. Los sentimientos de rivalidad y los miedos surgen también entre los dogon y los agni en cuanto se perturba la diada. Pero el deseo de asesinar al padre es típico entre los niños europeos, cuya rivalidad en las luchas por la separación de la madre y por la educación sobre la limpieza, ha adquirido un matiz cruel. Entre los dogon que no tienen ningún tipo de adiestramiento anal, no surgen dichas fantasías. Entre los agni se comprueba el mismo deseo, pero aparece junto con otras soluciones, mientras que entre nosotros la solución más o menos exclusiva que se ofrece al conflicto, depender de la estructuración más o menos fina de la pequeña familia.

El temor al desquite según la ley del Talión, ojo por ojo, pareciera provenir de la misma historia anterior, como el odio hacia el padre. Otro modo de relacionarse con el factor de interferencia, cual es la incorporación en procesos autoplásticos de identificación primaria que por ejemplo es típico entre los dogon, aparentemente no permite que surja ningún miedo a la castración en el sentido más estrecho.

Sin embargo el miedo a la mutilación no se limita a nuestras formas de educación. Incluso entre los dogon no está del todo ausente. En la época en la que los sentimientos de amor se dirigen centradamente hacia el exterior, el genital del niño se convierte en un órgano

59

importante que otorga placer. La amenaza a la integridad corporal del niño débil y desvalido cobra valor como miedo a la castración, si él tiene que renunciar a su seguridad de diada (o pareja), aún cuando no tema que haya ninguna amenaza proveniente del padre.

El desenlace del conflicto que ha surgido del choque entre los intereses superiores de orden social con aquellos individuales y egoístas del niño, muestra naturalmente los rasgos de la sociedad en forma muy clara. Se podría decir que, éste perpetúa en nuestro mundo, la batalla en la que el conflicto edípico se ha convertido e interioriza la exigencia agresiva de sumisión y productividad. Cuando la autoridad del padre resume las reglas válidas de la sociedad, éstas a la vez determinan la estructura familiar y además resulta la identificación, por lo pronto deseada, con la autoridad, con lo que se ha constituido un superyo separado del yo y del mundo exterior que se ubica frente al yo.

La necesidad de adaptarse a normas sociales, tiene efecto en cada cultura y en cada edad a lo largo de la vida, en el sentido de un proceso de aprendizaje. Una situación de conflicto le da un fuerte empuje al cambio autoplástico, a la identificación. Esta podría, dependiendo del desarrollo de la niñez temprana, transcurrir de forma muy diferente. En nuestra sociedad se le da mucha importancia a que el yo se independice mucho del comportamiento del entorno humano y a cambio de ello que establezca una relación intensa con una instancia interna (el superyo), que en el caso ideal, igualmente actúe en forma independiente del correspondiente comportamiento del entorno, pero siguiendo las normas válidas de éste.

La formación de un superyo es ciertamente inevitable, pero que éste, sobre todo mediante recompensa y castigo (sentimientos de culpa), influya en el yo, es una particularidad propia de nuestra cultura. Una pregunta con variantes de corte clasista e individualista, en el marco de nuestra socialización, es si el yo se llega a someter total o parcialmente ante las exigencias de la “estructura de poder interiorizada”, en forma secundaria a identificarse con ella e incluso a conservar como hábitos de pensamiento propios, las leyes según las cuales ésta funciona.

Igual de importante en las tres culturas, son las más importantes funciones del yo y la forma de funcionamiento del superyo en el desenlace del conflicto edípico, que han sido fijadas para la relación con el entorno humano y que luego no pueden o sólo difícilmente, pueden modificarse. Únicamente los contenidos y las normas del superyo, metas e ideales, pueden posteriormente ser modificados o intercambiados. La circunstancia de que nosotros asignemos una consciencia de clan y un yo-grupal a los dogon y a los agni podría hacernos recordar, que las funciones fuertemente establecidas de estas estructuras entre ellos, son mucho más claramente y significativamente dependientes de la cooperación de la sociedad para cumplir con su tarea. Así como son de diferentes ambas sociedades, de igual forma se distingue también del europeo, su dotación psíquica para un comportamiento social determinado: Su forma de relacionarse con la posesión de valores materiales no puede, por parte de ninguna de las dos, ser practicada mediante un aferrarse en forma agresiva, ni regulada por una moral orientada a la posesión egoísta. Estas no están psicológicamente

60

dispuestas para un estilo de sociedad capitalista.

A más tardar después de la desaparición del conflicto edípico, se socializa en forma específica a los niños. Los miembros de una clase o sociedad no son una página aún no escrita. Su sociedad, en el marco de las posibilidades materiales y de las inclinaciones biológicas, les ha producido estructuras

psíquicas permanentes que realizan funciones efectivas. En la conformación de estas funciones, se les dio un vuelco a los instintos biológicos hacia la calidad de la efectividad social. En los ejemplos traté, de mostrar que no sólo “el ser” determina “la consciencia”. Hay casos limítrofes los cuales uno podría mencionar como consecuencia directa, natural o racional de necesidades e intereses primarios. La complejidad y la determinación variada de los fenómenos psicosociales no permite describirlos como simples efectos de la experiencia, del aprendizaje o como inventos.

Mi planteamiento divide la superestructura, por así decirlo, en dos partes: una en el contenido de metas, normas e ideales conscientes y subconscientes, las que podemos hacer valer, como la superestructura de las condiciones de producción y de las relaciones de poder, de ahí resultantes. La otra, la parte dinámica, efectiva, deducible genéticamente, social-específica de la superestructura, la que lanzamos en la vórtice de la espiral y le concedemos en el proceso dialéctico del desarrollo el rango de agente y reactivo. Dependiendo de la cantidad y la temporalidad del desarrollo de la niñez temprana, éste surte efecto en la calidad y en la historicidad de la evolución.